

DOMINGO XIV ORDINARIO “A”

“Hacerse pequeño para recibir el Reino”

Za 9,9-10:

Sal 144,1-14:

Rm 8,9.11-13:

Mt 11,25-30:

“Tu rey viene pobre a ti”

“Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi rey”

“Si con el Espíritu dan muerte a las obras del cuerpo, vivirán”

“Soy manso y humilde de corazón”

I. LA PALABRA DE DIOS

En Jesucristo se cumple la profecía de **Zacarías**: «*Mira a tu Rey*». En contraste con los jefes políticos y religiosos de Israel y de los escribas, que oprimían las conciencias con interpretaciones abusivas de la Ley, Jesucristo proclama que los valores del Reino se realizan en los pequeños. Él mismo es el primero de ellos.

El que tiene el Espíritu de Cristo destruye la autosuficiencia, la soberbia, los egoísmos y ambiciones y, mediante la acción del Espíritu, es vivificado y asemejado a Jesús (2ª Lect.).

«*Ustedes no están en la carne, sino en el Espíritu*». San Pablo quiere inculcarnos la certeza de esta nueva vida que ha sido infundida en nuestra alma por el bautismo. No estamos en “la carne”, es decir, no estamos abandonados a nuestras solas fuerzas naturales y a nuestra debilidad pecaminosa. Por tanto, no tiene sentido seguir autojustificando nuestros pecados, lamentándonos y apelando a nuestra debilidad, cuando estamos en el Espíritu, cuando tenemos en nosotros la fuerza del Espíritu que nos hace capaces de una vida santa. «*Estamos en deuda, pero no con la carne para vivir carnalmente*».

«*El Espíritu de Dios habita en ustedes*». Somos templo del Espíritu Santo. Estamos consagrados. Somos lugar donde Dios mora y donde ha de ser glorificado. El Espíritu Santo no está en nosotros inmóvil. Permanece en nosotros como Ley nueva, como impulso de vida. Su acción omnipotente se vuelca sobre nosotros para hacernos santos, para vivir según Cristo. Ser santo ni es imposible ni es difícil. Se trata de acoger dócilmente la acción del Espíritu, secundando su impulso poderoso, dando muerte con la fuerza del Espíritu a las obras de la carne para que se manifieste en nosotros el fruto del Espíritu.

«*Vivificará también sus cuerpos mortales por el mismo Espíritu*». Hay una “primera resurrección”: cuando el hombre es arrancado del dominio del pecado y comienza a caminar en novedad de vida por la acción del Espíritu. Pero habrá una “segunda resurrección”: cuando también nuestro cuerpo mortal se beneficiará de esta vida nueva suscitada por Dios en nosotros. El Espíritu Santo tiene por característica propia el ser Creador y desea vivificar nuestra persona entera, alma y cuerpo.

Quien con plena naturalidad y normalidad habla en el **Evangelio** de hoy es “el Jesús histórico”. Es cierto que no emplea las fórmulas dogmáticas de los concilios de Nicea, Éfeso o Calcedonia, pero dice lo mismo con una cristología indirecta: cuando habla, vive, actúa, ora,

etc., lo hace con la autoconciencia de quien sabe que es *Hijo de Dios* en sentido singular y exclusivo. Si el mero apelativo “hijo” no acreditara por sí mismo la identidad con la naturaleza divina del Padre, la anterior afirmación quedaría confirmada por la forma como Jesús se muestra a lo largo de su vida terrena: igual conocimiento, igual poder de hacer milagros, de perdonar pecados, de juzgar a vivos y muertos, que el que tiene el Padre. El que hoy nos habla en el Evangelio –Jesús– era Dios, y sabía que era Dios.

«*Exclamó Jesús: –Te doy gracias, Padre...*». Jesús sabe, no sólo que es conocido por Dios, sino que, en cierto modo, es el objeto único del conocimiento divino; y responde al Padre con esta típica oración de alabanza y acción de gracias judía proclamando “las maravillas de Dios”. ¿Cuáles son esas maravillas? El conocimiento de Dios Padre por parte de los pequeñuelos («*la gente sencilla*», los discípulos), que por revelación divina han conocido secretos de Dios ocultos para «*los sabios y entendidos*». La línea de pensamiento es la del *Magnificat* de María y la de san Pablo en 1Cor 1,26ss (*Dios ha elegido lo débil del mundo para avergonzar a los fuertes*). Dios no revela sus secretos más que a los que se hacen pequeños.

Al que es humilde de veras, Dios le concede entrar en su intimidad y conocer los misterios de su vida trinitaria, la relación entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo. Esto no es sólo para unos pocos privilegiados, sino para todo bautizado, para todo el que es «*sencillo*» y se deja conducir por Dios. Pues precisamente «*esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo*» (Jn 17,3). Y conocer no es sólo saber con la cabeza, sino tratar con Dios con familiaridad. ¿Mi vida como cristiano va dirigida a crecer en este trato familiar con el Dios que vive en mí, o me quedo en unas simples formulas de tratamiento?

La expresión *Dios «Padre»* nunca había sido revelada a nadie anteriormente. Cuando el mismo Moisés preguntó a Dios quién era, escuchó otro nombre: Yahveh (cf. Ex 3,14). A nosotros se nos ha revelado este nombre en el Hijo, pues este nombre de *Hijo* implica el nombre nuevo de *Padre* (Tertuliano).

«*Venid a mí ... cansados y agobiados*». Son prácticamente *los pobres* de las bienaventuranzas, *los sencillos*: personas sin prestigio social o religioso, tal vez incultos y sin muchos conocimientos.

«*Mi yugo ... y mi carga*». La ley de Jesús es llevadera; Él da fuerzas. Cristo se nos presenta como nuestro des-canso. Frente a los cansancios y agobios que nos procu-

ramos a nosotros mismos y frente a las cargas inútiles e insoportables que ponemos en nuestros hombros, Cristo es el verdadero descanso y su ley un alivio. El pecado cansa y agobia. El trato y la familiaridad con Cristo descansan. ¿Me decido a fiarme de Cristo y de su palabra?

Pero la razón decisiva para aceptar su invitación al discipulado («*aprended de mí*») no es la enseñanza que da, sino *el Maestro* que la imparte: lo más íntimo y secreto de Cristo, su «*corazón*», está lleno del espíritu del *siervo* de Isaías. El verdadero *pobre bíblico* que vive las *bienaventuranzas*, sometido a sólo el Padre, en quien solamente confía, es Jesús, «*manso y humilde de corazón*».

Ante la humildad de Cristo, el cristiano aprende también a ser humilde. El Hijo de Dios no ha venido con triunfalismos, sino sumamente humilde y modesto, *montado en un asno*. A Jesús le gusta la humildad. Es el estilo de Dios. Y el cristiano no tiene otro camino. Dios no se da a conocer a los que se creen sabios y entendidos, a los que creen saberlo todo, a los arrogantes y autosuficientes, sino a los que humildemente se ponen ante Dios reconociendo su pequeñez y su ceguera.

II. LA FE DE LA IGLESIA

El Reino de Dios revelado a los pequeños (544; 2603)

El Reino pertenece a los pobres y a los pequeños, es decir a los que lo acogen con un corazón humilde. Jesús fue enviado para «*anunciar la Buena Nueva a los pobres*». Los declara bienaventurados porque «*de ellos es el Reino de los cielos*»; a los "pequeños" es a quienes el Padre se ha dignado revelar las cosas que ha ocultado a los sabios y prudentes. Jesús, desde el pesebre hasta la cruz, **comparte la vida de los pobres**; conoce el hambre, la sed y la privación. Aún más: **se identifica con los pobres** de todas clases y **hace del amor activo hacia ellos la condición** para entrar en su Reino.

Jesús confiesa al Padre, le da gracias y lo bendice porque ha escondido los misterios del Reino a los que se creen doctos y los ha revelado a los "pequeños" (los pobres de las Bienaventuranzas). Su conmovedor «*¡Sí, Padre!*» expresa el fondo de su corazón, su **adhesión al querer del Padre**, de la que fue un eco el "*Fiat*" de su Madre en el momento de su concepción y que preludia lo que dirá al Padre en su agonía. Toda la oración de Jesús está en esta **adhesión amorosa de su corazón de hombre** al misterio de la voluntad del Padre.

La oración confiada (2778; 2779; 2785)

El poder del Espíritu, que nos introduce en la Oración del Señor, se expresa en las liturgias de Oriente y Occidente con la bella palabra, típicamente cristiana "*parresía*", simplicidad sin desviación, conciencia filial, seguridad alegre, audacia humilde, certeza de ser amado. Es un corazón humilde y confiado que nos hace volver a ser como niños; porque es a "los pequeños" a los que el Padre se revela.

Antes de hacer nuestra la primera exclamación de la Oración del Señor —¡Padre nuestro!—, conviene **purificar humildemente nuestro corazón** de ciertas imágenes falsas, de "este mundo". La humildad nos hace reconocer que «*nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar*», es decir, "a los pequeños."

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

«*La Sagrada Escritura me parecía indigna. Mi hinchazón huía su manera de decir, y mi agudeza no penetraba en su sentido más profundo. Y, sin embargo, era esa Escritura cuya inteligencia crece a medida que uno se hace párvulo; pero yo rehusaba hacerme párvulo: hinchado de orgullo, me parecía grande*». (San Agustín).

«*Tú, hombre, no te atrevías a levantar tu cara hacia el cielo, tú bajabas los ojos hacia la tierra, y de repente has recibido la gracia de Cristo: todos tus pecados te han sido perdonados. De siervo malo te has convertido en buen hijo... Eleva pues, los ojos hacia el Padre que te ha rescatado por medio de su Hijo y di: Padre nuestro... Pero no reclames ningún privilegio. No es Padre, de manera especial, más que de Cristo, mientras que a nosotros nos ha creado. Di entonces también por medio de la gracia: Padre nuestro, para merecer ser hijo suyo*». (S. Ambrosio).

IV. LA ORACIÓN DEL CRISTIANO

*El mal se destierra,
ya vino el consuelo:
Dios está en la tierra,
ya la tierra es cielo.*

*Ya el mundo es trasunto
del eterno bien,
pues está en Belén
todo el cielo junto.*

*Ya no habrá más guerra
entre cielo y suelo:
Dios está en la tierra,
ya la tierra es cielo.*

*Ya baja a ser hombre
porque subáis vos,
ya están hombre y Dios
en un solo hombre.*

*Ya muere el recelo
y el llanto se cierra:
Dios está en la tierra,
ya la tierra es cielo.*

*Ya el hombre no tiene
sueños de grandeza,
porque el Dios que viene
viene en la pobreza.*

*Ya nadie se encierra
en su propio miedo:
Dios está en la tierra,
ya la tierra es cielo. Amén.*